

NECROLOGÍA.

D. SALVADOR CASTILLA.

Con numerosa concurrencia, en la cual estaban representadas todas las clases de la sociedad, desde las más distinguidas hasta las más humildes, se celebraron ayer en la iglesia de San Nicolás, (Pamplona), las honras fúnebres del que en vida fué nuestro muy querido y respetable amigo y compañero D. Salvador Castilla y Alzugaray (Q. S. G. H.)

La solemne ceremonia religiosa de que hemos hecho mérito, ha venido á agujonear la pena que la muerte de D. Salvador Castilla produjo en cuantos tuvimos la suerte de tratarlo, de estar unidos á él por los fortísimos lazos de la amistad y de las ideas.

Adherido á la idea euskara en una época de la vida en la que por lo regular, se hallan ya irrevocablemente fijadas las opiniones y como petrificados los sentimientos, fué D. Salvador Castilla modelo de constancia y de entusiasmo. Con razon acostumbraba decir nuestro inolvidable amigo que su corazon era siempre jóven. Mientras que en la edad madura la mayoría de los hombres es una pálida prolongacion de la juventud, D. Salvador Castilla hizo el milagro de renovarse, pero con tal fuego y decision que era ejemplo y envidia de los más jóvenes y de los más ardorosos. Sin jactancia, sin vanos alardes, noble y sencillamente, dió la mano á sus antiguas opiniones para consagrarse con todas las fuerzas de su buena, de su excelente, de su incansable voluntad á la defensa del país basco-navarro.

D. Salvador Castilla no es de los que han ejecutado en esta última fase de su vida á la que venimos refiriéndonos, acciones que den brillo ó renombre. Su influencia, aunque ejercitada en modesta esfera, era de todos los días, de todos los instantes, perteneciente á esa categoría de impulsos que únicamente pueden apreciar exactamente los que practican una vida comun, y mezclan su existencia continuamente.

No conocia el desaliento. El más generoso y consolador optimismo brotaba siempre de sus lábios. La injusticia con que ha sido juzgado el euskarismo, no lograba alterar el plácido culto que habia consagrado á nuestros ideales; en medio del exacerbamiento de las pasiones, siempre predicó la templanza y la moderacion. «Esperemos en el porvenir,» era su máxima favorita.

Otro de los rasgos de tan bondadoso carácter era la falta absoluta de orgullo y de soberbia. Sometía sus trabajos á la crítica de todos, y si era preciso sacrificaba sin escozor alguno, la forma ó el fondo de sus escritos á los reparos de los demas.

Pero nada de lo que llevamos dicho tiene comparacion, aun con ser excelente, con el rasgo dominante de la fisonomía moral de Don Salvador Castilla. Si hubiésemos de definirlo diriamos que nuestro amigo era «la buena voluntad» en persona. Lo mismo escribía artículos de fondo que cuidaba de la confeccion material del periódico; tan gustosamente corregía las pruebas de imprenta, como se cuidaba de la administracion. No rehuía el trabajo, ni la molestia; estaba siempre en la brecha. Se encargaba de una cosa y la ejecutaba; lo cual es más difícil y raro de lo que parece. La índole de sus estudios y la naturaleza de sus aficiones le llevaban al exámen de las cuestiones comerciales, industriales y económicas; el *Lau-buru* ha tenido la honra de publicar la mayor parte de sus escritos en esa materia; pero cuando la necesidad lo quería, sabía dejar á un lado sus peculiares gustos y ocuparse de política, tal como nosotros la entendemos y practicamos, unionista y foral. Sus artículos políticos fueron más de una vez reproducidos por otros diarios del país; prueba elocuente de que en ellos palpitaba la grande alma basco-navarra.

D. Salvador Castilla fué dos veces Presidente de la *Asociacion Euskara* de Navarra; en ese cargo lució las mismas dotes que en la modesta redaccion de nuestro diario y no se ha verificado una sola solemnidad euskara á la cual no asistiera, demostrando de ese modo que el entusiasmo no es patrimonio exclusivo de la juventud. Los que lo han visto en Elizondo, en Bilbao, en Vera, en Irun, en Fuenterrabia y en San Sebastian, saben que no exageramos nada. Ahora mismo, el deseo de asistir á la representacion de la primera ópera vascongada le llevó á la hermosa ciudad guipuzcoana; en ella le sorprendió la muerte, lejos de su familia y apartado de sus más queridos amigos.

Nosotros honraremos la memoria de D. Salvador Castilla sirviendo desinteresada y constantemente—como él—lo que tanto amó mientras vivió en la tierra.—A. C.

(Del *Lau-buru*.)

